

CULTURA

Edición de hoy a cargo de **Constanza Bertolini**
www.lanacion.com/cultura | @LNCultura | Facebook.com/lanacion
cultura@lanacion.com.ar

DE RAÍZ. Viven en diferentes paisajes de la Argentina que los inspiran y definen como creadores, pero ¿cómo es quedarse en su lugar, tierra adentro, y salir más tarde al mundo con sus obras?

Historias mínimas de artistas enamorados del rincón que habitan

Texto **María Paula Zacharías** | Fotos **Gentileza de los artistas**

Pinta tu aldea y pintarás el mundo, apunta Tolstoi. Y en cada pueblo de la Argentina hay por lo menos un artista que traduce en colores, sensaciones e ideas la esencia de su lugar para transmitirla más allá. Algunos encontraron la vuelta para no dejar el terruño y consolidar su trayectoria. Otros son profetas en su casa, y con eso basta. Para todos su rincón natural es raíz e inspiración. Ir o no ir a Buenos Aires puede ser la cuestión, y hay muchas maneras de resolverla. Estas catorce historias mínimas de creadores enamorados de su escena son unas pocas, poquitas, del enorme acervo que tiene nuestro país, entre tantas bendiciones de la naturaleza.

Marcos Acosta tiene 34 años, es pintor y padre de dos hijos. Tiene su taller en Córdoba y ahí se quiere quedar. Sus pinturas hablan de la relación entre naturaleza y ciudad, algo fácil de visualizar en una urbe que en apenas kilómetros se convierte en sierras. Durante diez años viajaba, recorriendo galerías. Pero hoy las redes sociales lo conectan con el mundo. "Hace poco vendí a un coleccionista alemán que vive en Singapur una obra que expuse en La Rioja", cuenta. Y encontró un método de subsistencia: el financiamiento colectivo. Tiene una red de compradores de los alrededores que aporta una pequeña suma mensual para hacerse de un cuadro elegido. "He tenido oportunidades de irme, pero en mi lugar hay mucho por hacer", comenta Marcos, que contribuye a la plástica local rescatando viejos valores y formando nuevos en sus clases.

José Luis Tuñón vive su arte como quien arroja botellas al mar... literalmente. En Comodoro Rivadavia, ejerce su profesión de psicoanalista y tiene una curiosa y poética costumbre: modela figuras humanas y las abandona en la orilla. En la otra punta del mapa, **Mariano Cornejo** se despidió por teléfono minutos antes de perderse por un buen tiempo en los Valles Calchaquies. Su finca del siglo XVIII, en Molinos, no tiene teléfono, señal de celular ni energía eléctrica. Trabaja de sol a sol en sus esculturas de madera. O emprende largas excursiones para investigar petroglifos incaicos a 4000 metros de altura. Los hijos, desde Buenos Aires, lo obligan a alternar temporadas en el valle y en una quinta en las afueras de la Capital. "Cuando estoy en la ciudad no veo a nadie. Soy un cangrejo canceriano", se define.

Guadalupe Miles es porteña para los norteros y nortea para los porteños. Nació en Capital, se crió en Salta, volvió a formarse en Buenos Aires y su obra se desarrolla en el Noroeste. Retrata como nadie a los pobladores de la comunidad wichi en el chaco salteño, donde tiene su propia casa de adobe. Con trabajo conjunto, cariño, cercanía, cuidado, respeto. "Encontré algo muy valioso", define, y oficia de puente: vive entre aquí y allá, lleva sus imágenes por el mundo y tienen una intensa actividad en docencia y gestión cultural.

"El interior no va más como concepto. No podemos hablar de artistas del interior, sino de artistas de otros centros", corrige **Graciela Sacco**, desde Rosario, donde reside cuando no está en Londres, Madrid o Estados Unidos. Buenos Aires la agota. "Se escribe sobre artistas tucumanos, artistas correntinos, artistas rosarinos. Pero a los artistas de Buenos Aires les ponen artista argentino. ¡Es alucinante! Siempre estuve por destruir esta tensión centralista, porque me parece terrible. Hoy uno puede relacionarse desde el lugar donde esté con el mundo entero."

Un ejemplo de que la salida, a veces, no es hacia afuera sino hacia adentro lo aporta **Daniel Fitte**. Nunca dejó Sierras Bayas, en Olavarría, capital nacional de la industria del cemento. Pinta ese paisaje rural y serrano, y hace instalaciones y esculturas sobre el trabajo fabril. Es el artista de su pueblo, el que enseña, funda museos, levanta monumentos y hace murales. "Nací acá, esto soy yo. Nunca sentí la tentación de irme. Mi pueblo es mi taller. Ser artista es un acto de fe", define.

Beatriz Moreira era porteña, pero ya no: hace 36 años respondió al llamado de la naturaleza y se fue a vivir al Chaco. Se inspira en su jardín, que está frente a un estero. "Pasan yacarés, chanchos salvajes, pájaros carpinteros, cuisés e iguanas. Tengo tres algarrobos, una mora amarilla y un quebracho blanco que pasa por un agujero en el techo de la galería", describe. Se despierta con el canto de los pájaros, las chicharras arrullan la siesta, los grillos cantan de noche y las ranas los días de lluvia. Su última muestra, en Praxis, estuvo dedicada a los nidos de aves, que dibujó pacientemente o recolecta de su paraíso personal: "Ahora estoy fascinada con los hongos de colores y los cactus con flores. La inspiración es inagotable".

Juan Doffo, Gran Premio Nacional, con exposiciones regulares en Rubbers y toda una trayectoria, dejó su Mechita de origen a los 18 años, pero desde entonces vuelve cada vez que necesita crear *fotoperformances* con fuego o pintar paisajes metafísicos. Lo apoyan sus 2000 vecinos. Allí inauguró un centro cultural, donde expone pinturas del mismo cielo bajo el que todos duermen. "Fue muy difícil para un joven de pueblo venir a Buenos Aires. Me sentí perdido y viví muy humildemente en pensiones y conventillos. Pero la vocación no se elige", recuerda. El lugar donde se nace, tampoco. Se ama.

Del país, su tierra y su gente, sale la materia prima de la obra de **Teresa Pereda**, que vive en Lincoln, pero recorre las rutas argentinas desde hace más de 20 años. Va al encuentro de historias, antepasados, costumbres, y entra en relación. Hace un ritual de llevar tierra de un punto al otro, al que llama recolección-restitución. Imprime en papel el curso de un mallín cordillerano o hace *videoperformances* en el paisaje. Viaja tanto que una vez en una estación de servicio no pudo contestar: ¿vas o venís? "Las distancias tallaron mi persona



Georg Miciu, en su taller-cabaña de San Martín de los Andes



Pegaso tamaño natural en tejido metálico, de Nadia Guthmann



Teresa Pereda imprime el curso de un río



Guadalupe Miles, una porteña en el Norte

y mi propia obra. Y en consecuencia construí mi estética a partir de este nomadismo".

Georg Miciu se ha vuelto tan sedentario que no sale de su cabaña en San Martín de los Andes más que para pintar. Vende su obra al que le golpea la puerta o por contactos cibernéticos, después de haber hecho 300 muestras hasta 1998, en siete países. Exhibe en un edificio ad hoc, Colección Georg, junto con la obra de alguno de sus nueve hijos. En Buenos Aires se consigue su obra temprana, y—qué curioso—él mismo compró 19: "Son doblemente mías". Para pintar paisajes al natural adaptó una camioneta, la *georgmóvil*, para no congelarse. "Desde mi casa tengo vista al cerro que me enamoró en mis tempranos viajes mochileros de los 60 y en las estepas patagónicas encuentro motivación sin límite", confiesa.

La obra de **Andrés Paredes** tiene que ver con la selva misionera. Está en Apóstoles, donde nació. De ahí los insectos que modela en resina o metal, y las tramas que corta en papel: vivían en su jardín y los descubrió con el microscopio. "Traduzco emociones, olores, sabores y colores que provocan la naturaleza", dice. "Todas mis muestras se realizan íntegramente acá: marcos, textos curatoriales, fotografías, diseño, impresión de catálogos... y luego las obras se transportan en camiones que llevan yerba mate a Capital", cuenta. Su obra, *Guri*, se presentó en Palatina y otra galería lo representa en Beirut, Abu Dhabi y Singapur.

"Pensaba que era más fácil vivir de la ciencia y hacer arte más libremente, pero me salió mal, no contaba con que nos mandaran a lavar los platos", dice **Nadia Guthmann**, escultora y doctora en Biología con beca del Conicet en la época en que Cavallo pronunció aquel exabrupto. En Bariloche vive y trabaja a orillas del lago Gutiérrez, y en su jardín pastan caballos al lado de un Pegaso tamaño natural de tejido metálico, que como toda su obra remite al tejido biológico, la evolución y la ecología. Fanática de la Patagonia, se mantuvo conectada con Buenos Aires, participando en concursos y convocatorias y funcionó: fue el Gran Premio del Salón Nacional 2012.

"Administrar tu propia obra es una tarea muy difícil, tenés que destinar mucha energía y tiempo. El mercado del arte en el interior es pobre, por eso siempre se mira hacia Capital, pero no es necesario vivir allá", dice **Mario Sanzano**. La gestión de los paisajes que él pinta sin moverse de su pueblo la hace la galería Zurbarrán, porque Sanzano sigue tranquilo en Deán Funes, Córdoba. "El paisaje ha sido determinante en mi vida. Este entorno me es tan familiar que es como si fuese yo mismo. Creo que eso queda reflejado en mi obra, la de alguien que se siente cómodo y feliz. Éste es mi lugar en el mundo", cuenta. Querido y respetado en su comunidad, lleva toda una vida pintando, y en los últimos 15 años logró que fuera su único sustento.

"Voy a la Cordillera desde niño. Mi padre es geólogo y siempre nos llevaba consigo a la montaña. Elegí la pura Cordillera como objeto de mi pintura", cuenta **Carlos Gómez Centurión**. "La comunicación que se da entre el pintor y la naturaleza condiciona el resultado", afirma. Carga telas y colores y se embarca en expediciones multidisciplinarias en el proyecto *Digo la Cordillera*. Con baqueanos y 40 mulas treparon al cerro Mercedario tres veces, y fue también a pintar *au plein air* en las Salinas Grandes, en la Puna. La muestra resultante es tan itinerante como su autor, que cuando no viaja está en su taller en el Valle de Zonda, cerca de la ciudad de San Juan. "Estuve en Buenos Aires y le saqué el jugo en todo lo que pude como estudiante. Cuando noté que me sacaba el jugo a mí, me fui", remata. ●

1933-2014

René Burri. El fotógrafo que convirtió al Che Guevara en ícono revolucionario

René Burri fue mucho más que el fotógrafo de la mítica imagen de Ernesto "Che" Guevara fumando un habano en su despacho del Ministerio de Industria, en Cuba, en 1963. Pero, sin dudas, esa toma que se replicó hasta el infinito es su sello profesional.

A los 81 años, y después de una prolongada enfermedad, Burri murió ayer en su casa de Zurich, ciudad en la que había nacido y en la que había tomado su primera fotografía. Con apenas 13 años, en 1946, había registrado el paso del premier británico Winston Churchill de pie en un auto descapotable.

En más de 60 años de carrera profesional, le quedaron muy pocos lugares del mundo sin visitar ni fotografiar.

Cubrió las guerras de Corea, Vietnam y la de los Seis Días, aunque nunca mostró cadáveres. Registró los dos lados de Berlín, dividida después de la Segunda Guerra Mundial, y hasta visitó varias veces la Argentina, donde hizo dos trabajos especiales: un reportaje fotográfico sobre los gauchos y una producción para Playboy, en 1960, sobre "el macho gaucho".

"En fotografía se necesitan mente, ojos, corazón y zapatos cómodos",



Burri y su mítica foto del Che Guevara

AP

había afirmado a LA NACION en 2008, cuando en el Centro Cultural Borges se inauguró la muestra René Burri. Un Mundo, con más de 350 imágenes de sus 60 años de carrera.

"Las fotos y los libros pueden ayudar y son la memoria, pero es la gente la que hace la memoria de las cosas buenas y de las cosas malas", solía señalar este destacado fotógrafo, que pertenecía desde 1955 a la prestigiosa agencia Magnum, creada entre otros por Robert Cappa y Henri Cartier Bresson, en 1947.

Una cena con Pablo Picasso, en 1957, fue el inicio de una serie de retratos íntimos del pintor. Tuvo la

sensibilidad precisa para captar a figuras públicas, como Ingrid Bergman, y miles de escenas cotidianas en lugares tan distintos como China, Italia, Brasil y Egipto.

En 2013, legó su archivo de más de 30.000 fotografías al Museo del Eliseo, en Lausana, donde se exhibe la foto del Che, que él mismo calificó como "la mejor fotografía" tomada a Guevara. Fue en respuesta a la imagen *Guerrillero heroico*, de 1960, con la boina con la estrella comunista, que se replicó hasta en botellas de vodka, ya que su autor, Alberto Korda, se la había dedicado como "la fotografía más famosa del Che". ●